



Capítulo 166 - Zafiro se rompió

—¡Vale, vale! Ya no eres el mismo. ¡Me retracto! —Se frotó las sienes, sintiendo que le venía dolor de cabeza.

—¡Pero eso aún no explica qué demonios está pasando aquí! —explotó Vergil, con la frustración desbordando en su voz. Estaba al borde de la paciencia, las piezas del rompecabezas empezaban a encajar, pero la confusión no hacía más que aumentar.

—Oh, lo siento, de todas formas sigue siendo tu culpa —respondió Felicia con una sonrisa sarcástica, mirando a Vergil como si fuera obvio.

¡¿CULPA MÍA?! ¡CASI DESTRUYES LOS ÁNGELES! —gritó Vergil, su voz resonando por la habitación, con la rabia pintada en el rostro. Estaba harto de la situación, del desorden y de la destrucción que lo rodeaba. ¿Cómo estaba pasando todo esto? ¿Qué demonios les estaba pasando a su madre y a Sapphire?

Felicia se encogió de hombros como si se quejara de algo trivial. «Es tu culpa por romper el sello de mi diario», dijo con total indiferencia, como si esa fuera una explicación válida.

"¿Sello?" Vergil frunció el ceño, confundido. "¿Qué sello?"

—Ah, claro —empezó Felicia, haciendo una mueca teatral—. Bueno, tuve que contener todo mi poder para crearte en paz. Ya sabes, para no causar un desastre. Pero... ahora que lo has resuelto todo, no hay mucho que hacer. Despertaste al monstruo, y ahora la bestia anda suelta. —Se encogió de





hombros de nuevo, como si fuera una solución sencilla—. Incluso le pedí a esta enorme ogro disfrazada de mujer que guardara secreto, pero, claro, tuvo que empezar una pelea, y ahí es donde estamos ahora.

Vergil la miró con incredulidad, intentando procesar lo que acababa de oír. "¿Tú... creaste todo esto? ¿El sello... el diario... hiciste todo eso para mantenerme en secreto?". Su voz oscilaba entre el asombro y la indignación. ¿Cómo no se había enterado? ¿Cómo había hecho ella todo esto a sus espaldas?

Felicia lo miró con una falsa expresión de compasión, casi como si explicara algo muy simple. "Ay, cariño, solo hice lo que tenía que hacerse. Los secretos son un mal necesario, ya sabes cómo son. Y ahora, todo está fuera de control... por tu culpa." Rió suavemente, con desdén. "¿Pero qué importa? Ya está hecho."

Zafiro estaba casi fuera de sí, su cuerpo vibraba de rabia. La tensión en su interior era palpable, una llama ardiente que consumía cada célula de su ser. No solo porque la acusaban injustamente, sino porque su amiga, la mujer que había traicionado su confianza y desaparecido durante años, estaba allí frente a ella. No solo era la madre del hombre que había elegido, sino lo más insoportable...



¡ELLA SEGUIÍA TAN FUERTE COMO SIEMPRE!

Y lo peor de todo era que, a pesar de todo el dolor y el tiempo perdido, Felicia estaba allí, con el mismo poder de siempre, sin siquiera intentarlo. Sin siquiera entrenar, como si la fuerza fuera un don lejano. Esto era insoportable para Zafiro.

Se obligó a respirar hondo, intentando controlar la furia que la consumía. El odio, la traición, el asco, todo se mezclaba en su pecho. Pero había algo más, algo más profundo, un sentimiento que no quería reconocer, pero que no podía



ignorar. La mujer que tenía ante sí, su eterna rival, la única a la que había respetado de verdad, había regresado. Y eso significaba que el equilibrio de poder entre ellas no había cambiado. Felicia seguía siendo una amenaza real, y eso hería el orgullo de Zafiro de maneras que jamás imaginó.

—Sigamos —gritó Zafiro, con la voz cargada de desprecio, pero también con un orgullo que temblaba bajo la superficie—. No puedo aceptar que sigas siendo tan fuerte como yo. Esas palabras sonaron como un desafío, no solo para Felicia, sino para sí misma. Porque en el fondo, lo que no podía aceptar, lo que realmente la hacía retorcerse, era que su rival, después de todos estos años, aún poseyera esa fuerza inquebrantable. Y eso, para Zafiro, no era solo una cuestión de poder, sino de honor. La única mujer a la que había considerado igual estaba allí, frente a ella, tan fuerte como siempre, sin siquiera mover un dedo por ello.

Su ira no solo se dirigía a Felicia; era un reflejo del fracaso de su propio orgullo. El dolor de darse cuenta de que alguien, especialmente esa mujer, podía seguir siendo tan formidable sin ningún esfuerzo la carcomía por dentro. Y la hacía aún más decidida.



Porque, al final, no solo necesitaba derrotar a Felicia; necesitaba demostrarse a sí misma que su propia fuerza tenía sus límites y que no sería eclipsada tan fácilmente.

"¿Hm? ¿Por qué? Eres mucho más fuerte que yo", admitió Felicia con una sonrisa despreocupada, como si hablara de un juego sencillo. "Me encantaría continuar... pero la verdad es que me he quedado sin energía".

Zafiro se quedó paralizada; la rabia que la consumía se desvaneció por un instante. ¿Cómo era posible? Acababa de empezar, ¿y ahora se rendía? Era difícil de creer. Felicia ni siquiera parecía cansada. Seguía de pie, con una postura impecable, pero había algo extraño en su presencia.



—Pero ¿cómo...? —empezó Zafiro con voz temblorosa, intentando comprender lo que estaba sucediendo.

Felicia soltó una risita juguetona, disfrutando claramente de la evidente confusión de Zafiro. "Ay, cariño... Hace mucho que no entreno. Incluso retrasé mi embarazo mil años para mantener mi poder, ¿sabes? Pero mira, he perdido mucha energía. Solo usé el 20% de mi total, y ahora... se ha ido toda. Y mira, sigues siendo un monstruo, imposible competir contigo."

Las palabras de Felicia fueron como un golpe directo al orgullo de Zafiro. Su forma de hablar, como si toda la pelea fuera irrelevante, la inquietó de una forma que jamás imaginó. Felicia estaba allí, frente a ella, con la misma confianza y fuerza, pero, en realidad, ya no se esforzaba. Todo lo que había hecho, todo lo que había demostrado, había sido solo una fracción de lo que podía ofrecer. Había gastado su energía con tanta ligereza, y aun así hacía que Zafiro se sintiera derrotada.

Zafiro se quedó en silencio por un momento, la tensión entre ellos se rompió no por la fuerza de Felicia, sino por la silenciosa humillación que acababa de recibir.

No sabía qué sentir: rabia, frustración o simplemente una profunda tristeza al ver que su mayor rival, aquella con la que siempre había competido por ser la más fuerte, acababa de demostrarle que, tal vez, siempre había sido más poderosa de lo que imaginaba.

Y eso... eso la estaba destruyendo por dentro.

"Pero..." Zafiro intentó hablar, pero las palabras no le salían. Estaba incrédula, perdida en el torbellino de emociones y pensamientos que la recorrían. Antes de que pudiera reaccionar, sintió que algo se acercaba. Su cuerpo, antes tenso por la furia, de repente se calentó con una sensación de familiaridad. Algo, o





alguien, la rodeaba por detrás, y una poderosa presencia comenzó a envolverla.

"Amor mío, no tienes por qué estar triste. Seré lo suficientemente fuerte para ponerte en tu lugar...", le susurró Vergil al oído, con una voz suave y protectora, haciendo que el cuerpo de Zafiro temblara con la intensidad de su conexión. La sensación de su presencia era como un bálsamo en medio de la tormenta emocional que la azotaba.

Felicia, que observaba la escena con ojo crítico, notó de inmediato algo extraño. Se quedó paralizada por un instante, con una sonrisa pícara formándose en sus labios mientras sus palabras salían con una mezcla de sorpresa e incredulidad.

—Espera... ¿desde cuándo están juntos? —preguntó Felicia con voz escéptica, intentando comprender qué estaba pasando.

Vergil se giró levemente hacia ella, con la mirada tranquila pero decidida. «Ha pasado una semana... No recuerdo exactamente cuándo, pero la verdad es que la he reclamado. La he tomado por completo».

Felicia se quedó sin palabras, con la boca abierta, sin saber qué decir.

